

plorado hasta la insurrección que hemos hecho contra los españoles» (p. 157). «Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado. Yo no pido recompensa más que el reposo» (p. 157).

Quien habla de nuevo, a través de Arciniegas, es el propio Bolívar: tenía 47 años. El 8 de mayo de 1830 partió hacia Cartagena. El 17 de diciembre murió en Santa Marta. La historia se nos ha vuelto novela. ¿De qué otra forma, acaso, contarla?

Además, y en el siglo romántico por excelencia, ¿qué otro héroe más prometeico que éste? Un héroe degradado, en un mundo también degradado, buscando valores más altos y más puros. Sólo Napoleón y Washington podrían comparársele, pero Napoleón, en Santa Elena, vigilado por sus canchales ingleses y maquinando los fugaces días de su revancha no podía competir, como imagen dramática, con el manojito de huesos que en la quinta de un español recibe al obispo, en vísperas de su muerte, y al irse éste exclama, minotauro irredento: «¿Cómo saldré yo de este laberinto?». El laberinto que eran nuestros propios países creados por él. La documentación se ha vuelto irrisoria ante el dramatismo de las escenas. La linealidad cronológica del viaje se ha roto en el fragmentarismo de los recuerdos. Intensidad teatral: son los cuadros vivos de un muerto. Lo verosímil desaparece ante los 600.000 muertos de las guerras de independencia y los catorce generales españoles que en Ayacucho rinden sus espadas. El mundo de Colón, el imperio que mantuvo tres siglos de coloniaje, se va tornando americano, en la misma medida en que la arqueología de los viejos papeles se ve vitalizada por la fluidez de un cronista que se sumerge en ellos como si este mundo fuera el de su imaginación sin talanqueras. Arciniegas, el periodista-historiador se halla a punto de dar el salto: ya no un reportero que interroga al pasado sino un novelista poeta que habla de amor: «Esta es mi primera cita de amor, señora muerte. Y ella: ya volverá el olor de los jazmines» (p. 186).

Si en el libro de Arciniegas se aspiran jazmines, en un cuento de Alvaro Mutis, sobre el cual volveremos, se trata de naranjos: el aroma de naranjos que inhala por última vez su «alma de huérfano solitario»⁵. Por ahora sólo resta señalar que la educación de este hombre —el hombre que había perdido a su padre a los tres años, a su madre a los nueve, y a su esposa a los veinte— ha concluido, retornando a ese pasado infantil donde todos los proyectos eran factibles, incluso recomenzar la lucha de nuevo, y desde el principio: desde su natal Caracas. Postular, hacia el futuro, un cumplimiento de sus ideales, que la muerte sólo posterga por poco tiempo. De ahí resulta que las formas de abarcarlo, comprenderlo y narrarlo, no podían ser únicamente las de la historia. Su complejidad reclamaba la ficción y el segundo libro de Arciniegas lo atestigua con creces: al Bolívar mundial, al Bolívar americano, al Bolívar contradictorio y corporal, se añade un Bolívar humano en su derrota, grande en su tragedia, de posibilidad y fracaso, de logro juvenil y de muerte precoz. Un Bolívar a punto de convertirse en personaje de novela, «el Colón de la segunda revolución», como termina por llamarlo Arciniegas. Ese Colón, sobre quien en definitiva sabemos tan poco. Ese Bolívar, sobre quien

⁵ El cuento «El último rostro» se halla incluido en Alvaro Mutis: *La mansión de Araucaima*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, Biblioteca de Literatura Colombiana, n.º 70, 1985, y abarca las páginas 70 a 93. Por dicha edición cito.

se ha escrito tanto pero cuyas imagen final aún continúa siendo especular e inaprehensible: la propia nuestra. La que aún continúa haciéndose, y deshaciéndose.

El último rostro

«El último rostro» (1978): así se titula el cuento de Alvaro Mutis, referente a los últimos días de Bolívar, vistos, con borgiano recurso, a través del manuscrito de un coronel polaco, Miecislaw Napierski, quien «había viajado a Colombia para ofrecer sus servicios en los ejércitos libertadores» (p. 71). Fechadas entre el 29 de junio y el 10 de julio, cada una de las anotaciones sintetiza con vigor los postreros juicios del Libertador sobre un continente y quienes lo pueblan:

Aquí se frustra toda empresa humana —comentó—. El desorden vertiginoso del paisaje, los ríos inmensos, el caos de los elementos, la vastedad de las selvas, el clima implacable, trabajan la voluntad y minan las razones profundas, esenciales, para vivir, que heredamos de ustedes. Esas razones nos impulsan todavía, pero en el camino nos perdemos en la hueca retórica y en la sanguinaria violencia que todo lo arrasa. Queda una conciencia de lo que debimos hacer y no hicimos y que sigue trabajando allí dentro haciéndonos inconformes, astutos, frustrados, ruidosos, inconstantes. Los que hemos enterrado en estos montes lo mejor de nuestras vidas, conocemos demasiado bien los extremos a que conduce esa inconformidad estéril y retorcida (p. 79).

Sus dictámenes son inapelables, marcados todos ellos «por un escéptico fatalismo y un hondo conocimiento de los secretos resortes que mueven a estas gentes»: uno de ellos, la oculta y como vergonzosa nostalgia de los fastos virreinales. Otro, unido al anterior, la dilapidación de la herencia libertadora no sólo en las guerras civiles sino en el mantenimiento de los viejos privilegios esclavistas. Pero más allá de la dolida diatriba contra «los astutos políticos con alma de peluquero y trucos de notario que saben matar y seguir sonriendo y adulando», el cuento centra su tensión en un Bolívar huérfano, que no halla tierra propia donde morir, ni en América ni en Europa, y que sólo un sueño referido a su adolescencia madrileña halla en esa Madre-Mujer-Amante-España un efímero y desgarrador consuelo, el presagio de una muerte que se define en la claridad atroz del sueño: no puede unirse a ella, sólo le resta ser valiente. Es un mestizo: hombre de ninguna parte. Ni español ni indio.

El autobiográfico laberinto

La nueva novela de Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, dedicada a Alvaro Mutis, parte de este cuento y así lo reconoce en sus «Gratitudes» finales. También ella enfoca a Bolívar no directamente sino, con tono de crónica de época, a través de un mediador, José Palacios, el más antiguo de los servidores de Bolívar, quien define la opacidad de su amo con una reiterada sentencia: «Lo que mi señor piensa, sólo mi señor lo sabe». Sin embargo algo de él se nos va revelando, mientras recorre el itinerario que ya conocemos, río Magdalena abajo, para ir a morir en Santa Marta. En tal viaje García Márquez desmitifica el perfil romano de sus estatuas y nos lo ofrece, reducido y por ello mismo mucho más grande, en la humana dimensión de sus 1.65 metros. ¿Cuál Bolívar surge de esta primera lectura? Un hombre al cual la vida le había

enseñado «las veleidades del poder» y «la inutilidad de la gloria». Un Bolívar rencoroso ante los agravios, estreñado de vientre, agresivo y mal perdedor en el juego de la ropilla, y admirador de los ingleses. Un Bolívar seductor, bailarín infatigable, hipersensible a los olores, idealista y exaltado, que no creía en lo sobrenatural, y muy quisquilloso ante las opiniones ajenas: convencido, además, de que en Colombia nadie lo quería y que en Caracas ya nadie lo obedecía, y para el cual, con palabras del cuento de Alvaro Mutis que García Márquez retoma y expande, «el sinuoso, opaca y eficaz Santander, sabio en artimañas de leguleyo y dedicado a hacerle el juego al grupo de familias que comienzan a cosechar con avidez los frutos de la independencia» (p. 89) se constituye en su más notorio enemigo.

Un Bolívar, en fin, que para en seco la volubilidad intelectual de los franceses, el absolutismo de los europeos, prevé las 49 guerras civiles que vendrán en lo que resta de siglo, las consecuencias nefastas de la deuda externa y que justifica volubilidades, contradicciones y deslealtades con la firmeza inalterable de un único sueño: la unidad americana. Todo ello aflorando de un cuerpo en ruinas y un alma desencantada.

Pero leyendo más despacio vemos cómo lo singular de este Bolívar caribeño que reniega de los cachacos andinos, viciosos en el hablar, y repudia a Santa Fe de Bogotá, la ciudad taciturna y cubierta de brumas, la ciudad formalista y conservadora, donde quiso edificar su gloria, es que llega a parecerse demasiado al propio García Márquez, no sólo en su rechazo a la ciudad «lejana y turbia», como llama al final a Bogotá⁶, ni en su animadversión hacia Estados Unidos, ni en su afán de sacar a la luz lo que el ladino dialecto de los bogotanos y sus maneras relamidas, que «servían más para ocultar que para decir» (p. 46.), mantenía reprimido, sino con su obsesión, tantas veces puesta de presente, por la soledad del poder y su eclipse último, entre los estragos de la vejez.

En cierto momento de la novela García Márquez habla de Bolívar como un hombre «abrumado por la mayor cantidad de gloria que ningún americano vivo o muerto había merecido jamás» (p. 46). ¿Qué tentación, entonces, para un novelista apoderarse de algún modo de esa gloria y añadir a su reflexión sobre los áridos mecanismos del poder, la historia de quien los tuvo todos y ahora, en un último sobresalto de su movilidad perpetua, ve cómo ellos desaparecen, en una hipotética campaña para reiniciar de nuevo la independencia que agoniza, en la misma forma que agoniza su cuerpo?

⁶ No intento un análisis literario ni menos histórico de la novela, que tantas reacciones ha suscitado. Busco situarla apenas en el contexto de los libros aparecidos sobre Bolívar en los últimos años, entre ellos el de Fabio Puyo, un sintético breviario histórico que sirve de apoyatura a la ficción de García Márquez. Sobre los dos niveles de la misma, el histórico y el novelístico, sus superposiciones, cruces y conflictos, son de interés las reseñas de Antonio Caballero («Un libro escrito con una sola mano», *Semana*, Bogotá, n.º 358, 20-III-89, pp. 34-35) donde se dice; «el haberse ceñido al rigor histórico absoluto encierra a la novela en el callejón sin salida del didactismo y la monotonía» y el de Cristina Piña («En el laberinto» *La Gaceta*, Tucumán, 14-v-89, p. 3, 4.ª sec.) el cual señala cómo «el autor somete imaginación y lenguaje a las marcas discursivas propias de la historiografía liberal, lo cual determina que literariamente, este segundo relato (el histórico), que por desgracia es el hegemónico, adopte todas las convenciones lingüísticas temporales y de presentación del espacio y los personajes, propias de la novela decimonónica».

Sobre los aspectos históricos ver Germán Arciniegas: «Bolívar y Urdaneta», *El Tiempo*, Bogotá, 30-III-89, p. 8A, y Carlos Lemos Simonds: «El fin de una amistad» (Bolívar y Santander) en *Credencial*, Bogotá, n.º 30, mayo 1989, pp. 17 y 19.